efecto su pensamiento, apretándole á ello la falta que él pensaba que hacia en el mundo su tardanza, segun eran los agravios *que pensaba* deshacer, tuertos *que* enderezar, sinrazones *que* enmendar, abusos *que* mejorar, *y* deudas *que* satisfacer.

Para emplear con oportunidad estas dos formas, téngase presente que la distribucion supone mas tranquilidad en el que habla, y la simple enumeracion cierto grado de viveza y movimiento en la fantasía. Las circunstancias indicarán al escritor cuál de ellas deberá preferir en cada caso, como tambien si convendrá ó no individualizar una idea general, enumerando las particulares que comprende, porque esto, si se hace sin discernimiento, conduce al estilo difuso ó asiático. Este es, se puede decir, el defecto capital de casi todos nuestros poetas. En cogiendo entre manos un pensamiento que abrace una serie de ideas, ó un todo compuesto de muchas partes, no paran hasta haber individualizado prolijamente aquellas, ó haber hecho de todas estas una fastidiosa enumeracion.

CAPITULO II.

DE LAS FORMAS PROPIAS DEL QUE RACIOCINA Ó DISCURRE.

No se comprenden bajo este título las formas *lógicas* del raciocinio, conocidas en las escuelas con los nombres de *silogismo, entimema*, etc. Aquí se trata de las formas oratorias que emplea para presentar sus pensamientos un hombre que discurre tranquilamente, y quiere mas bien instruir á los que le oyen que conmoverlos é inflamarlos. Fácil es conocer que en este caso coordina simétrica y paralelamente sus ideas, *oponiendo unas á otras las que son contrarias; concede en parte é hipotéticamente lo mismo que se disputa, para probar que aun concedido no le perjudica*, hace *reflexiones* sobre los hechos de que trata; *insiste* sobre aquellos pensamientos que le parecen mas interesantes, variándolos, extendiéndolos é ilustrándolos; observa escrupulosamente la *gradacion* de las ideas, y las coloca en la debida progresion; pica, por decirlo así, la curiosidad de sus oyentes, y ejercita su inteligencia con inesperadas y aparentes *paradojas;* compara unos objetos con otros, haciendo sentir lo que tienen de semejante; siembra su discurso de *dichos graves y sentenciosos; previene las objeciones* que se le pudieran hacer; y dice expresamente que *va a pasar* de un punto á otro, ó á *interrumpir* el que habia comenzado, ó á *volver* al que habia interrumpido. A estas varias maneras de presentar los pensamientos han dado los retóricos escolásticos los doctos nombres de *Antítesis, Concesion, Epifonema, Expolicion, Gradacion, Paradoja, Semejanza* ó *Simil, Sentencia, Prolépsis, Transicion, Reyeccion* y *Revocacion*. Y aunque el saber estos términos técnicos y las puerilidades que bajo estos títulos se enseñan en las Retóricas vulgares, de nada sirve en la práctica, no sucede así con algunas muy juiciosas observaciones que han hecho los buenos críticos sobre el modo y la ocasion de emplear cada una de estas formas. Las expondré pues, conservando los términos técnicos ya indicados.

Antítesis.

Esta palabra griega significa literalmente *contraposicion*, y por eso se llama así con toda propiedad *la forma que tiene el pensamiento cuando se contraponen unas á otras ideas contrarias; ya estén expresadas por sola una palabra* (1) *ya por una frase entera.*

Son tantas las acciones y cualidades contrarias, esto es, que se excluyen una á otra, como *amar* y *aborrecer, temer* y *esperar; rico, pobre; vivo, muerto; duro, blando*, etc., que es imposible que no ocurran con frecuencia sus ideas. Pero como el detenerse á contraponerlas una á otra simétricamente, para que resalten mas, supone que el que habla, se halla en un estado tranquilo que le permite observar esta contraposicion y hacerla observar á los otros; es menester, por regla general, no emplear estos formales contrastes en los pasajes patéticos, ó cuando se supone muy acalorada la imaginacion de aquel en cuya boca se ponen. No se ha de entender esto tan literalmente, que si alguna vez la naturaleza misma del pensamiento pidiere esta contraposicion, deje de hacerse aun en medio del fogoso lenguaje de la imaginacion y las pasiones. Lo que se previene es únicamente, que por lo comun esta forma es mas propia del razonamiento y de la reflexion; y sobre todo que en cualquier pasaje en que se halle, sea natural y no buscada con demasiado estudio. Así es muy oportuna, y nada

1. Como cuando dijo Ciceron — La licencia ha vencido al pudor, la audacia al miedo, la demencia á la razon, etc. Tambien puede envolver todo un pensamiento, v. g. — Orgullo y bajeza, fuerza y debilidad, grandeza y humildad, tal es el hombre.

tiene de violenta, aquella de Cervántes en el primer capítulo del *Quijote*, en que dice que *del* poco *dormir y* mucho *leer se le secó* (á este) *el celebro*. Tambien son buenas, porque el pensamiento mismo las está pidiendo, las dos que contiene el último terceto del soneto de Arquijo *A las estaciones*. Dice así :

> Oh variedad comun! mudanza cierta!
> Quién habrá que en sus *males* no te *espere?*
> Quién habrá que en sus *bienes* no te *tema?*

La naturaleza tambien de cada composicion indicará, si la antítesis que queremos emplear, es ó no oportuna; y si conviene ó no al tono general y dominante de la obra. En este punto es menester mucho cuidado : antítesis, que en composiciones jocosas vienen bien y tienen mucha gracia, serian impertinentes en un escrito serio. Así, cuando Cervántes dice, en el mismo pasaje citado, que á D. Quijote se le pasaban leyendo libros de caballerías *las noches de* claro en claro, *y los dias* de turbio en turbio; y cuando en el capítulo II. dice que D. Quijote *caminaba tan* despacio, *y el sol entraba tan* apriesa *y con tanto ardor, que fuera bastante á derretirle los sesos, si algunos tuviera :* todo el mundo ve que estas antítesis, aunque estudiadas, convienen con el tono jocoso de la obra. Al contrario, cuando Garcilaso (*Égloga* I.), hablando en tono serio y respetuoso con un alto personaje, le dice :

> Luego verás ejercitar mi pluma
> Por la infinita innumerable suma
> De tus virtudes y famosas obras,
> Ántes que me consuma,
> *Faltando* á tí que á todo el mundo *sobras :*

cualquiera conoce que la antítesis de *faltar* y *sobrar* es no solo traida con violencia, sino tambien de mal gusto, como fundada en el pueril equivoquillo á que dan lugar las dos acepciones del verbo *sobrar*, el cual significa *haber de una cosa mas de lo necesario*, y tambien *aventajar, exceder, sobresalir*. En el dia es ya anticuado en esta acepcion.

Mucho mas estudiadas y ridículas son estas otras de Balbuena, en la *égloga* VI. Dice el pastor Ursanio que tiene un vaso de madera con tantas y cuantas labores (mezquina imitacion de Teócrito), que le guarda para su zagala, y que va á regalársele : respóndele Tirseo, que el don es tan precioso que la pastora no podrá ménos de estimarle, y que si en efecto

se muestra agradecida, suyo es el tiempo, y puede *navegar* á su sabor; y replica el primero :

> Entre esa *confianza y temor vivo :*
> Con la *frialdad* de mi *bajeza muero,*
> Con el *calor* de su *valor revivo.*

Qué lindas antítesis ! y en boca de un pastor !

Concesion.

Consiste en *conceder sencilla ó artificiosamente alguna cosa que á primera vista parece que nos perjudica ; pero dando á entender que aun concedida, tenemos otros medios de defensa mas seguros y eficaces.*

Las concesiones francas ó de buena fe solo vienen bien en pasajes tranquilos ; las simuladas ó artificiosas pueden convenir al lenguaje de las pasiones. Para que se vea en qué consisten estas, citaré una bellísima de Ciceron en la II. *Filípica:* pero para que se pueda sentir toda la gracia y fuerza que tiene, es necesario notar que habiendo hablado Ciceron pocos dias ántes en el senado contra el cónsul M. Antonio, este, que aquel dia no habia asistido al senado por indisposicion, vino al siguiente, é informado de lo que Ciceron habia dicho contra él, se quejó agriamente, insistiendo mucho en que Ciceron era un ingrato que habia olvidado el singular beneficio que le debia. Este decantado beneficio se reducia á que cuando Ciceron, despues de la batalla de Farsalia se restituyó á Italia, Antonio, que mandaba en ella en nombre de César, y proscribia arbitrariamente á los que habian seguido el partido de Pompeyo, no habia mandado matar á Ciceron, que habia sido uno de ellos. Ciceron responde primero directamente á este cargo diciendo, que Antonio no habia tenido en aquella época autoridad para mandar quitarle la vida, porque cuando él llegó á Italia, tenia ya carta de César, en la cual este no solo no le trataba como á enemigo, sino que le mantenia en todos sus honores y dignidades. Y despues de alegar otras varias razones, apostrofa así al mismo Antonio para acabar de confundirle : « Pero sea beneficio (el no haberme asesinado), puesto « que este es el mayor que pudo hacer un salteador de cami- « nos; ¿en qué puedes llamarme ingrato? ¿Acaso no debí la- « mentar la ruina de la patria, por no parecer ingrato para « contigo? » *Sed sit beneficium, quandoquidem majus accipi à latrone nullum potuit; in quo potes me dicere in-*

gratum? An de interitu reipublicæ queri non debui, ne in te ingratus viderer? Ya se ve que esta concesion es simulada y artificiosa; Ciceron no confiesa ni reconoce de buena fe que debiese estar agradecido á M. Antonio por el supuesto favor que este le echaba en cara; pero se lo concede para probarle, que aun en este caso era justo anteponer el bien público á los respetos particulares.

Esta concesion, aunque no franca y sincera, es sin embargo séria y acomodada al tono grave del paraje en que se halla, que nada tiene de festivo ni chancero. Veamos una jocosa de Argensola el mayor. Parece que alguno se habia burlado de él, porque la dama á quien servia, se pintaba; y él le responde en un bellísimo soneto, que aunque muy sabido quiero copiar aquí; porque él y otros tres del mismo autor son de los mejores que tenemos en castellano.

Yo os quiero confesar, Don Juan, primero
Que aquel blanco y carmin de Doña Elvira
No tiene de ella mas, si bien se mira,
Que el haberla costado su dinero.

Pero tambien que me confieses quiero
Que es tanta la *verdad* de su *mentira*,
Que en vano á competir con ella aspira
Belleza igual de rostro verdadero.

¿Mas qué mucho que yo perdido ande
Por un engaño tal, pues que sabemos
Que nos engaña así naturaleza?

Porque este cielo azul que todos vemos,
Ni es cielo ni es azul: ¡lástima grande
Que no sea verdad tanta belleza!

De concesiones francas y sinceras, como raras veces ocurren, es inútil citar ejemplos, y detenernos mas sobre este punto. Lo único que puede prevenirse es que todas ellas, francas ó simuladas, sérias ó jocosas, *sean oportunas y naturales*, y que el escritor no se afane por buscarlas. Si el asunto y la serie de sus raciocinios las pidieren, ellas se le ocurrirán por sí mismas. Solo observaré que tienen mas gracia y fuerza y ocultan mejor el artificio, cuando no se expresan las fórmulas, *pero concedamos, supongamos por un instante*, y otras semejantes; sino que se introducen como una proposicion incidente ó un paréntesis. Tal es esta de Cervántes. En el cap. 37 de la primera parte del *Quijote*, en el discurso que hace acerca de la preeminencia de las armas sobre las letras, dice:

Los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser etc. Esta es una verdadera concesion, y mas fina que si hubiese dicho: *Se alega la pobreza del estudiante. No todos son pobres; pero supongamos que lo fuesen*, etc.

Epifonema.

(esto es, *exclamacion final.*)

Se llaman así *las reflexiones con que á veces se concluye la narracion de algun hecho ó cualquier otro pasaje.* Estas reflexiones son sugeridas ó por el simple raciocinio ó por algun afecto; y así, las primeras pertenecen en rigor á las formas de esta segunda clase, y las otras á las de la tercera; pero aunque en realidad son distintas, reuniré aquí ambas especies, ya que tienen el mismo nombre.

De una y otra clase ocurren ejemplos á cada paso en los escritores. Virgilio tiene dos oportunísimas en el principio de la *Eneida*, una en tono patético y otra de simple reflexion. Preguntando en la invocacion porqué Juno habia perseguido tan encarnizadamente á un varon tan religioso como Enéas, exclama admirado:

Tantæ ne animis cœlestibus iræ!

Tamañas iras en celeste pecho!

Y mas abajo, recapitulando los motivos que tenia Juno para oponerse á su establecimiento en Italia, de los cuales el principal era haber sabido de los Hados que de los descendientes del héroe troyano nacerian con el tiempo los que debian arruinar á Cartago, su ciudad predilecta; concluye con esta tranquila pero sentenciosa reflexion:

Tantæ molis erat romanam condere gentem.

¡Tan alta empresa y tan difícil era
Fundar de Roma el poderoso imperio!

Ciceron tiene una epifonema llena de fuego en la segunda *Filípica.* Despues de referir los escandalosos viajes que hizo Antonio por la Italia, siendo tribuno del pueblo, en los cuales iba delante en medio de los lictores, y en una magnífica litera una bailarina, su manceba; seguia luego Antonio en una especie

de birlocho, despues otro carruaje con los rufianes compañeros infames de sus liviandades, y entre ellos confundida y como arrinconada la madre del tribuno; exclama Ciceron, indignado de la indecencia con que este trataba á su madre, y aludiendo á lo funesto que él habia sido ya y seria en adelante á su patria: *Oh! miseræ mulieris fœcunditatem calamitosam!* « Desgraciada muger! fecundidad funesta! » Léase el pasaje entero en el original.

Es necesario advertir, que muchas veces la reflexion sentenciosa con que termina un pasaje, está propuesta como una razon ó prueba de lo que se ha dicho; y entónces es mas fina, porque se descubre ménos el artificio retórico. Tal es esta de Lope (*Circe*, canto 1). Refiriendo cómo Circe iba á tocar á Ulíses con su vara para que correspondiese á su amor; cómo él tiró de su espada, y cómo ella entónces recurrió al ruego y á las lágrimas, y él calmó su enojo; concluye así el pasaje:

De sus ruegos al fin vencido tarde
Paró el rigor; *que nunca fué sangriento*
El hombre de sutil entendimiento.

La reflexion es verdadera y oportuna, y pudo ponerla en forma de sentencia, diciendo: *paró el rigor. Oh! nunca fué sangriento*, etc. Pero hizo mejor en enunciarla como simple causal de lo que acababa de referir. No es tan feliz, aunque propuesta del mismo modo, otra que tiene poco ántes. Hablando de que los soldados de Ulíses rompieron, creyendo que contenia grandes riquezas, un cuero en que Eolo le habia dado encerrados los vientos, dice:

Rompen la piel, y por el aire vago
Salen los vientos; porque *coge vientos*
Quien siembra codiciosos pensamientos.

Esta es una moralidad necia y de mal gusto, como fundada en el equívoco que resulta de tomar la palabra *vientos* en el sentido literal y en el figurado. Todavía es peor, mas fria y mas ridícula esta de Balbuena (libro 1 del *Bernardo*). Describiendo el palacio y los jardines de Morgana, y habiendo dicho que ya llegó á ellos Alcina; interrumpe la narracion de su viaje, anuncia que va á hablar de otra cosa, y añade:

El triste y ronco son de las cadenas
De un conde por envidia aprisionado,
Aunque al rey sordas, porque son ajenas,
Ya mi música y voz han destemplado:

Y sus canas, de honor y llanto llenas,
Piden que deje el *cuento comenzado,*
Por ver de sus delitos el proceso:
Que es obra santa consolar á un preso.

Puede darse mayor insulsez? ¿Con que hablar de la prision del conde de Saldaña, ochocientos años despues que sucedió, es ir á consolar á un preso?

Expolicion, conmoracion ó amplificacion.

La hay siempre que *extendemos un pensamiento presentándole bajo diferentes aspectos, ya variando la expresion, ya individualizando las ideas parciales de que consta, ya acumulando otros varios que, aunque no materialmente idénticos, vienen á decir lo mismo.* Introducida con oportunidad y bien manejada, es grandiosa; pero si no se emplea con tino y discernimiento, degenera en lo que los griegos llamaban *tautología* y *perisología*, dos defectos capitales cuya diferencia se entenderá mejor con los ejemplos que con prolijas explicaciones.

De la amplificacion, que consiste en repetir un mismo pensamiento variando la expresion, tenemos un bellísimo ejemplo en Homero (*Ilíada*, libro I, verso 286). Para cortar la disputa entre Agamenon y Aquíles y sosegar sus ánimos irritados, habia propuesto Néstor que aquel no quitase á este su cautiva, y este no se obstinase en rivalizar con el primero: á lo cual le responde Agamenon:

Anciano! en todo la verdad dijiste;
Pero Aquíles pretende *sobre todos*
Los otros ser, á todos dominarlos,
Sobre todos mandar, y *como gefe*
Dictar leyes á todos, y su orgullo
Inflexible será.

Esta repeticion de una misma idea, presentándola bajo cuatro aspectos diferentes de *superioridad, dominacion, mando* y *supremo generalato*, seria inútil, si fuese otra la situacion del que habla; pero en el paraje en que está, es, atendidas todas las circunstancias, el lenguaje mismo de la naturaleza. Un hombre vivamente herido de una idea insiste en ella, no se cansa de repetirla; y no pareciéndole bastante enérgica la primera expresion, busca otras nuevas para enunciarla con mas fuerza, sobre todo si es la única razon que puede alegar en su defensa. Esta es puntualmente la situacion de Agamenon. Lo

que mas le habia irritado, lo que mas vivamente habia herido su amor propio, era que Aquíles no respetase su autoridad suprema, y quisiese competir con él, como si fuese su igual en el ejército; y ademas esta falta de subordinacion, si así puede llamarse, es el único pretexto especioso que tiene, para justificar el insulto que habia hecho á aquel héroe. Por eso pues insiste en ella y varía la expresion de cuatro modos diferentes, para apartar de sí la odiosidad y hacer que recaiga sobre Aquíles. Fuera de una situacion semejante, la *repeticion de un mismo pensamiento en otros términos* es el defecto designado con el indicado nombre de *tautología*, palabra que significa literalmente *decir lo mismo*. Tal es esta de Lope en el libro XII de la *Jerusalen*, cuando para indicar que el sitio de Ptolomaida habia durado tres años, repite este pensamiento con diez ó doce perífrasis diferentes diciendo

Tres veces vieron flores las campañas;
Tres veces vió la tierra las espigas,
Y el trillo quebrantó las rubias cañas:
Tres veces reposó de sus fatigas
El labrador, y vieron las montañas
De nieve coronadas sus cabezas
Con *cintas de cristal rotas á piezas*.

Tres veces engendró granizo el austro,
El zéfiro claveles y alelíes;
Quiso exceder la mar su antiguo claustro,
Y *durmieron* las naves *alfonsíes;*
Vió la luna el horóscopo del *plaustro*
Treinta y seis veces nueva, y de rubíes
Cubrió otras tantas su menguante cara;
Fénix que *muere* y *nace*, y *nunca pára*.

El que primero vió el laurel, tres veces
Resplandeció en el Frigio vellocino;
Y en las *frías* escamas de los peces
Hizo su *ardiente* universal camino.

Este fastidioso repetir una misma idea con tantas expresiones diferentes, en nada se parece á la sencilla y brevísima variacion de Homero, ni puede excusarse con la situacion agitada del personaje, porque aquí es el poeta el que habla tranquilamente. Esta afectacion de manifestar que se sabe decir una misma cosa de muchas y distintas maneras, es cabalmente lo que Boileau llama con gracia *estéril abundancia*. Las frases notadas con bastardilla en el pasaje de Lope son ademas defectuosas bajo otros respetos.

Sin repetir materialmente un mismo pensamiento puede el escritor ilustrar alguno que le parezca interesante y extenderle ó amplificarle, desmenuzándole, por decirlo así, en muchas partes, ó acumulando otros que aunque convengan en la idea principal, contengan accesorias distintas: y esto, si se hace con maestría, es de maravilloso efecto en las composiciones oratorias. Ciceron es el mejor modelo en esta parte, y de él se pudieran citar muchos y bellísimos ejemplos; pero para que se vea en qué consiste esta amplificacion de un mismo pensamiento, basta aquel pasaje de la oracion *pro Milone*, en el cual deseando en suma decir á Pompeyo, que si por temer á Milon, hacia los preparativos militares que se advertian, debia de ser el tal Milon un enemigo muy terrible pues tantas precauciones se tomaban contra él; extiende así el pensamiento, « Si son contra Milon los preparativos que se advierten. » *Si Milonem times; si hunc de tuâ vitâ nefarie, aut nunc cogitare, aut molitum aliquando aliquid putas; si Italiæ delectus, si hæc arma, si capitolinæ cohortes, si escubiæ, si vigiliæ, si delecta juventus, quæ tuum corpus domumque custodit, contra Milonis impetum armata est, atque illa omnia in hunc unum instituta, parata, intenta sunt*, etc. « Si temes á Milon, si piensas que este ó medita ahora, ó ha « maquinado alguna vez, un atentado contra tu vida; si las « levas que se hacen en toda Italia, si estas tropas que rodean « el foro, si las cohortes apostadas en el monte capitolino, si « los numerosos cuerpos de guardia repartidos por la ciudad, « si las patrullas que rondan toda la noche, si el lucido cuer- « po de escogidos jóvenes que defiende tu casa y tu persona; « si este, digo, ha sido armado para contener el ímpetu de Mi- « lon, y si aquellas otras precauciones que se han tomado se « dirigen contra este solo, etc. » Cualquiera que sepa en qué circunstancias fué pronunciada esta oracion, el formidable aparato militar con que Pompeyo se presentó en el foro para presenciar la vista de esta causa famosa, las extraordinarias precauciones que habia tomado con ocasion de la muerte de Clodio, y las sospechas que habia dejado traslucir de que Milon intentaba algo contra su persona; conocerá cuán oportuno y aun necesario era insistir sobre todos estos preparativos, y amplificar el pensamiento, *si son contra Milon*, recapitulándolos tan detenida y circunstanciadamente.

Mas fuera de este y otros casos semejantes, insistir mucho sobre un mismo pensamiento, extenderle con prolijos porme-

nores, y sobre todo acumular muchos que, aunque variado con nuevas ideas accesorias, vienen á decir en sustancia lo mismo que los primeros; degenera ya en el otro defecto llamado *perisología*, esto es, *nimia verbosidad*. Quevedo, por ejemplo, en la silva *Al sueño* ya citada con otro motivo, cae visiblemente en esta falta. Toda la composicion bien analizada no contiene mas que estos dos pensamientos, *sueño, yo no puedo dormir : ven á darme algun descanso;* pero fastidiosamente amplificados. Dice así :

¿ Con qué culpa tan grave,
Sueño blando y suave,
Pude en largo destierro merecerte,
Que se aparte de mí tu olvido manso?
Pues no te busco yo por ser descanso,
Sino por muda imágen de la muerte.
Cuidados veladores
Hacen inobedientes mis dos ojos
A la ley de las horas,
No han podido vencer á mis dolores
Las noches ni dar paz á mis enojos.
Madrugan mas en mí que en las auroras
Lágrimas á este llano;
Que amanece á mi mal siempre temprano,
Y tanto, que persuade la tristeza
A mis dos ojos que nacieron ántes
Para llorar que para verte, ó sueño.
De sosiego los tienes ignorantes,
De tal manera que al morir el dia
Con luz enferma, ví que permitia
El sol que le mirasen en poniente.

Hasta aquí el primer pensamiento, *no duermo ó no descanso*, desleido como se ve en veinte y tres versos, y presentado bajo muchos aspectos que, aunque variados en lo accesorio, convienen en el fondo; como *el manso olvido del sueño se apoderó de mí, los cuidados hacen inobedientes mis ojos á la ley de las horas, las noches no pueden vencer mis dolores ni dar paz á mis enojos, ántes que amanezca estóy ya llorando, mi tristeza persuade á mis ojos que ántes nacieron para llorar que para ver el sueño, mis ojos están ignorantes de sosiego*, etc. Despues de la segunda estancia, en la cual y parte de la tercera está la ya citada descripcion de la noche, sigue el segundo pensamiento, extendido tambien con toda esta profusion :

Dáme, cortés mancebo, algun reposo,
No seas digno del nombre de avariento.

. . . . . .
Débate alguna pausa mi tormento.
. . . . . .
Mira que es gran rigor; dáme siquiera
Lo que de tí desprecia tanto avaro,
. . . . . .
Lo que habia de dormir en blando lecho
Y consagra el amante á su señora.
Dáme lo que desprecia de tí ahora
Por robar el ladron, lo que desecha
El que envidiosos zelos tuvo y llora.
Quede en parte mi queja satisfecha,
Tócame con el cuento de tu vara :
Oigan siquiera el ruido de tus plumas
Mis desventuras sumas;
Que yo no quiero verte cara á cara,
Ni que hagas mas caso
De mí que hasta pasar por mí de paso,
O que á tu sombra negra por lo ménos
. . . . . .
Se le haga camino
Por estos ojos de sosiego ajenos.
Quítame, blando sueño, este desvelo,
O de él alguna parte, *etc.*

Hé aquí una pura y purísima perisología, esto es, *una inútil y prolija variacion de un mismo pensamiento*, la cual, aun cuando no tuviese otros defectos, ya en las ideas ya en las expresiones, haria que el lector mas desvelado se quedase dormido, ó á lo ménos bostezase, viendo tanto machacar sobre una misma cosa. Esto no es escribir con cuidado, es tirar sobre el papel todo lo que se sabe, ó se puede decir sobre una materia; lo contrario precisamente de lo que hacen los buenos escritores. Estos saben contenerse dentro de los justos límites, y no decir nunca ni mucho ni poco, sino lo que basta para el fin que se proponen; y este es uno de los principales secretos del arte, fruto mas bien del talento que de las reglas. Porque, como estas no pueden descender á casos particulares, no hay ninguna que diga hasta dónde se puede extender cada pensamiento; esto queda al juicio y buen gusto del escritor. Lo único que se puede decir en general es que no merecerá el título de clásico el que no acierte á quedarse siempre en el punto preciso, mas allá del cual se peca ya por exceso. Por eso decia con tanta razon Boileau, que

Quien no sabe callar, ni escribir sabe.

Es decir, que el que no acierta á omitir, entre lo mucho que siempre se ocurre, cuando uno escribe sobre materias que